



Oye lector indulgente, la vida de un Pretendiente.



Porque no tuvo padrino le quitaron el dictamen.



Al saberlo su mujer horaba á mas no poder.



Encontróse sin dinero por honrado y caballero.



A poco tiempo vendió la levita y el reloj.



Acosado por el hambre fabrica guantes de estambre.



Al fin deseando comer se resuelve á pretender.



En carro se va á la corte para pagar menos porte.



Da un vuelco y del batacazo se ha dislocado un brazo.



En el pueblo mas cercano le opera un cirujano.



A Madrid llega por fin el pobre don Valentin.



De la humedad temeroso busca en boardilla repose.



De chinches acometido se levanta enfurecido.



Se viste, y en los faldones van las recomendaciones.



Pensando en lo que esto vale ufano á la calle sale.



Varias cartas repartiendo escaleras va subiendo.



Va á buscar un diputado y le dicen se ha marchado.



A otro amigo ver alcanza y le da algunas esperanzas.



Con suhelo se encamina del ministro á la oficina.



Muy descortés y grosero le impide el paso un portero.



Espere con gran paciencia llegue la hora de audiencia.



Pero el ministro, este dia deja vana su porfía.



Al cabo de una semana logra verlo una mañana.



El ministro ya impaciente dice lo tendrá presente.



Algun tanto consoiado vuelve á casa muy cansado.



Despues de comer á prisa se remendada la camisa.



Saldo noche á paseo por hallar algun recreo.



Está en la Puerta del Sol contemplando el gran farol.



Con maña le saca un pilla el pañuelo del bolsillo.



Asi los meses pasaban y al pobre no le empleaban.



El alquiler no pagó y la casera le echó.



Dictando del relente duerme en la Plaza de Oriente.



Con el frio y con el hambre se queda como un alambre.



Para encontrar qué comer no sabe el pobre qué hacer.



Al ruido de la cuchara ante una fonda se para.



Quiere comer al fado y un mozo le ha echado.



Al fin ya para vivir va á los cafés á pedir.



Se le ofrece proteccion y aliviar su situación.



Pocos dias se han pasado y vé que le han engañado.



Para acabar tanto mal se dirige hácia el Canal.



De su mujer el recuerdo le hace volver en su acuerdo.



Resuelve ir á su lado ya de pretender cansado.



Para salir de la Corte va a pedir su pasaporte.



Un pie tras otro camina por ver á su Florentina.



Pide pan en un cortijo y cuenta su afan prolijo.



Llega á su casa el cuitado y al entrar se ha desmayado.



Quiere su mujer cuidarlo, mas ya no puede aliviarlo.



Estomacado muere al fin el pobre don Valentin.

